Y á este propósito refiere el mismo Pontífice en el lugar citado, que cierto médico herege, por nombre Gaspar Neumann, hallándose un dia en su casa con algunos amigos, sacó tres redomas colmadas de un líquido sanguíneo que estaba condensado, y á poco se fué licuando á la vista de todos ellos: con lo cual quiso meter á burla el milagro de nuestro santo. Mas la respuesta salta á los ojos: porque en primer lugar, aquella sustancia no era sangre, sino verosímilmente cierto licor mezclado con alguna materia, que al romper la fermentacion á poco tiempo, se desleia; á mas de que aquel líquido no presentó ese fenómeno mas de una sola vez; ¿quién alcanzó jamas á verle siendo idénticamente el mismo, coagulado porcion de veces y derretido otras tantas, como acontece con la sangre de nuestro santo? Añádese que es de suponer que la mezcla fué preparada por aquel charlatan poco antes de esponerla á la vista de sus amigos; pero la sangre de San Genaro se conserva de muchos siglos atras, y se mantiene la misma sin cambio ni mutacion.

Dicen otros que esto sucede naturalmente y por virtud simpática. Así como (dicen) la sangre de un hombre asesinado suele hervir por antipatía al presentarse el homicida; y á la manera que el iman se dirige al polo por solo su instinto, y el ámbar atrae las pajas; del mismo modo la sangre de San Genaro se derrite á la vista de la propia cabeza. Pero fácil es de responder á esto, que todos los imanes se dirigen al polo y todo el ámbar atrae pajas. Y ¿cómo es que solo la sangre de San Genaro se vuelve líquida á la vista de la cabeza, y la de otros difuntos permanece cuajada? Ademas el iman siempre se dirige al polo, el ámbar siempre atrae las pajas; pero la sangre de San Genaro á veces, aunque esté en presencia de la cabeza, queda encallecida, otras se derrite aunque esté á crecida distancia de la cabeza; ora se derrite á la vuelta de pocos minutos, ora al cabo de porcion de tiempo; ya se deslie de modo que hinche toda la redoma que la contiene; ya se disuelve completamente, ya tan solo la mitad. Que la sangre de un hombre asesinado hierva al presentarse el asesino, tiénenlo muchos por fábula; y aun cuando supiésemos que efectivamente sucede así, rarísimas veces habrá acontecido el caso; pero el suceso de derretirse la sangre de San Genaro en presencia de la cabeza del santo, ocurre porcion de veces al año: la sangre del asesinado habrá hervido, si es caso, cuando las heridas eran todavía recientes, y la sangre conservaba el estado de liquidez; ¿pero quién vió jamas hervir la sangre del cadáver de un asesinado tras muchos años de ocurrida la muerte? La de San Genaro se desata y

entra en ebullicion despues de cuajada, y cuando pasaron catorce siglos desde que se halla separada de su sagrada cabeza. ¡Qué maravilla! Dicen los hereges que el derretirse la sangre de San Genaro y la de los otros santos que llevamos referidos, acontece por la fuerza de la simpatía; pero preguntamos, ¿por qué no ocurren semejantes simpatías entre ellos, y sí únicamente entre los católicos?

A estas razones opone el calvinista Picenino la otra de que la sangre de San Genaro se derrite á causa del calor que despiden los cirios de la luminaria, y el inmenso gentío que acude á la fiesta. Respóndese al argumento: 1.° que la redoma de la sangre apenas se vuelve tibia, pero no caliente, como la esperiencia lo tiene manifestado. 2.° Que si la causa del suceso debiese señalarse en los cirios encendidos, ó en el calor que despide el gentío, ocurriria con mayor fuerza en verano que en invierno, y mil veces ha sucedido lo contrario, y señaladamente en 1662 en que se licuó en lo mas crudo del invierno; y en el año 1702 en tiempo de verano no llegó á derretirse hasta la segunda misa. 3.° ¿Cuándo se ha visto derretirse la sangre al calor de la lumbre? Opónense otros y vienen diciendo que aquello no es sangre, sino un líquido coagulado que se derrite poco á poco entre las manos. Y á esto responderemos, ¿quién ha visto que el hielo derretido en invierno, torne á endurecerse en tiempo de calor? Replican otros diciendo que el motivo de licuarse la sangre consiste en ciertas trazas que usa el hombre que tiene la redoma entre las manos. Pero, ¿y cuántas veces se derrite dentro del armario mismo? No falta quien achaque el portento á las exhalaciones del Vesubio; mas esas exhalaciones suceden á muchas millas de distancia; y muchísimas veces no ocurren semejantes exhalaciones, y sin embargo la sangre se licúa. En suma, cuanto mas se afanan los hereges en arrancar del milagro los motivos de credibilidad, mas los confirman.

CAPÍTULO VIII.

SESTO CARACTER.

Constancia de los mártires.

La constancia de los mártires es un indicio todavía mas admirable que el de los milagros: los milagros son obras esclusivas de Dios y obras ejecutadas por Dios mismo en las criaturas; mas la fortaleza y la victoria de los mártires son obra de Dios, aunque

ejercitada por ministerio de hombres deleznables, de tiernas vírgenes, y de parvulillos, como una Santa Inés, de trece años, Santa Prisca de la misma edad, San Venancio y San Agapito, de quince uno de ellos, San Vito y San Celso todavía niños, y muchísimos otros, que, desgarradas sus carnes con garfios acerados, abrasados en parrillas, atormentados aplicándoles hachas encendidas á los costados, cascos ardientes en la cabeza, y todo linage de tormentos, contrastaron tamaña crueldad de los hombres, y toda la rabia del infierno. Quince emperadores romanos se afanaron en una larga série de años por arrancar de este mundo la fé de Jesucristo; por manera que el número de mártires llegó á ser tan copioso en la persecucion de Diocleciano (la novena de las ocurridas), que en solo un mes fueron entregados á la muerte diez y siete mil cristianos; en el Egipto padecieron igual suerte ciento cuarenta y cuatro mil, y otros setecientos mil arrojados á un destierro. Baste decir que fué promulgado un edicto por todo el imperio, concediendo á cada cual ancha licencia de quitar á su placer la vida á todo cristiano que le ocurriese. Tan horrorosa llegó á ser la carnicería en esas diez persecuciones, que (al decir de Genebrardo *in psalm.* 78) alcanzó á once millones de víctimas; de modo que salen en la proporcion de treinta mil por dia. A despecho de tan subido guarismo de víctimas sacrificadas por montones de á diez mil, el ánimo de los supervivientes no se amilanaba, sino que se acrecentaba en ellos el anhelo de dar la vida por la fé. Escribió Tiberiano, gobernador de la Palestina, al emperador Trajano esponiéndole la imposibilidad de entregar á la muerte tanto número de cristianos como voluntariamente se ofrecian á morir por Jesucristo. Movido Trajano de esta consideracion dió un edicto mandando cesase ya de molestarse á los cristianos. Ahora bien, decimos, si la fé de esos santos mártires, idéntica á la que nosotros profesamos, no hubiera sido la verdadera, ó si Dios no se hubiera movido á conceder á tantos siervos suyos el ausilio divino, ¿cómo pudieran resistir, hasta lanzar el último aliento, tormentos tan atroces?

Jáctanse algunos hereges de poder contar tambien en sus sectas sus propios mártires; mas veamos cuál haya sido su martirio. Consiste este, conforme enseña el angélico Doctor, 2, 2, *q.* 124, *a.* 1, en dar la vida en testimonio de la verdad ó de la justicia. *Martyres vero*, escribia San Agustin, *non pœna facit, sed causa. Epist.* 167. Todos los tormentos del mundo reunidos no alcanzan á hacer un mártir; morir por la verdad de la fé, ó por la justicia, es la única causa que produce mártires verdaderos. Glorifican los mahometanos cómo á mártires, á los soldados que sucumbieron en el combate para usurpar los bienes agenos: ¡bello acto de justicia! Loan tambien por mártires los novadores á aquellos que subieron al patíbulo como hereges; mas tal constancia no fué fortaleza, sino obstinacion. Reducidos por demas y gente en gran parte vil é ignorante fueron esos mártires, alucinados por sus seductores. La Iglesia católica al contrario, venera como mártires crecida porcion de nobles, de cónsules, de patricios, de capitanes de ejército, de obispos, de pontífices, de senadores y de monarcas. Ademas, la mayor parte de nuestros mártires llevaban antes del martirio una vida santa, y al abrigo de toda otra imputacion por parte de los tiranos que la de profesar el cristianismo. Pero los falsos mártires de los hereges, señaladamente de los anabaptistas y adamitas, que ostentan el orgullo de haber muerto con mayor intrepidez, eran gente dada al vicio y á la liviandad: admitian la comunidad de mugeres, y mil otras maldades; y de ahí se sigue, que su constancia no fué constancia, sino furor y pertinacia infundida por el demonio que les poseia: *Diabolo possidente, non persequente*, como escribia San Agustin de los hereges de su tiempo, que á fuer de insensatos, corrian á arrojarse al rio, ó á precipitarse en un abismo. Y en prueba de esto, los hereges pertinaces que han caido y muerto á manos de la justicia, no sufrieron el suplicio con risueña tranquilidad, al par que nuestros mártires, que morian en el júbilo y entonando cánticos de alabanzas á Dios, sino atormentados de la rabia y furor indecible, señal evidente de que la aceptacion de su muerte no era inspirada de Dios, sino insinuada del demonio, al que posible es dar suficiente temeridad para arrostrar la muerte, pero no la virtud de sufrirla en la quietud de la paz. El infeliz Miguel Servet, restaurador del arrianismo, cuando en Ginebra fué arrojado á las llamas, suplicio á que fué condenado, bramaba de furor como un toro rabioso; y pedia por caridad á los jueces un puñal para acabar de un golpe con su vida; mas no pudo obtenerlo.

¿En qué ocasion esas sectas separadas de la Iglesia han tenido un San Lorenzo, que asándose en las parrillas, estaba bañado en un gozo interior, hasta insultar al tirano, invitándole á que comiese de sus carnes ya suficientemente cocidas? ¿O un San Vicente, que en medio de los tormentos que estaba sufriendo parecia (segun escribe San Agustin) que habia en él dos Vicentes, uno que hablaba y otro que padecia? tan grande era el gozo de morir por Jesucristo. ¿Dónde un San Marco y San Marcelino que, traspasados de clavos los piés, é invitados por el tirano á librarse de aquel tormento, respondieron: "¡Qué tormento! jamas habiamos disfrutado mayores

delicias que ahora que padecemos por amor de Jesucristo." Y al decir estas palabras entonaron las divinas alabanzas, hasta tanto que atravesados de un lanzazo dieron gloriosamente su vida? ¿En dónde tienen un San Proceso y San Martiniano, que mientras en el ecúleo iban descoyuntándoseles sus miembros, abrasándoseles sus carnes con láminas de metal ardientes, no cuidaban sino de bendecir al Señor, ansiando la muerte que á poco alcanzaron? Tal era, finalmente, el gozo con que los mártires marchaban al suplicio, que pasmados sus enemigos y los verdugos mismos, al ver júbilo tan puro, se convertian á la fé: por esto escribia Tertuliano, que la sangre de los cristianos derramada por la fé, era como una fecunda semilla que multiplicaba los prosélitos de Jesucristo: *Semen est sanguis christianorum. Apolog. in fin.*

Gloriosos compañeros y émulos han hallado los mártires antiguos en el crecido número de individuos de todos secsos y edades que en estos últimos siglos entregaron su vida por Jesucristo entre los mas atroces tormentos que imaginar pudo la humana crueldad. ¡Cuántos cristianos, señaladamente en el Japon, no murieron por la fé de Jesucristo en el siglo XVI! Quiénes abrasados á fuego lento; quiénes atenaceados; quiénes sajadas las carnes á menudos trozos; quiénes segado paulatinamente el cuello al filo de una caña, hasta durar el suplicio una semana entera; quién sumergido repetidas veces en agua hirviendo; quién espuesto desnudo en medio del campo y al rigor del invierno, hasta perder la vida por la intensidad del frio. Léase la narracion, que distinguiendo lugares y personas, hace el P. Bartoli en su Historia del Japon. Allí se lee de una muger cristiana llamada Tecla, que espuesta á las llamas y teniendo en brazos un infante de tres años, lo animaba á morir con la esperanza del paraiso. Otra muger menesterosa vendió un ceñidor para comprar un palo al que pudiese ser amarrada y morir abrasada por Jesucristo. De otra se lee que corrió á denunciar á su hija de pocos años, para morir juntas en obsequio de la fé. Cuenta que un muchacho de nueve años corrió por propio impulso á ser degollado, y desnudóse el cuello ofreciéndolo al hacha. Una niña de ocho años y ciega, se estuvo asida de su madre para morir abrasada con ella, y así sucedió. Un jóven de trece años fingió haber cumplido los quince, para alcanzar el límite de los sentenciados á muerte. Otro de cinco años, dispertado en medio del sueño para conducirlo al suplicio, no se inmuta, vístese sus ropas de gala, y llevado en brazos del verdugo hasta el lugar del sacrificio, al ofrecer el infante su cuello al alfange, conmueve de tal suerte al verdugo, que viene á faltarle el ánimo para consu-

mar el sacrificio: presentóse otro en su lugar; pero poco diestro, hiérele en vano por dos distintas veces; mas al tercer golpe concluye con su víctima. De estos hechos testigos fueron los holandeses, enemigos de nuestra Iglesia. Pero no, viene diciendo un herege; esos modernos mártires no padecieron por la fé, sino en castigo de su rebeldía y de la conjuracion que tramaban para arrojar á los soberanos de sus reinos. Este borron con que pretenden afear la constancia de los mártires del Japon, es idéntico al que pusieron los hereges á cuantos fieles dieron la vida por la fé en Inglaterra en los tiempos de la reina Isabel. Y pregunto yo: ¿si nuestros católicos eran conjurados y rebeldes, tambien hubieron de serlo las infelices mugeres, las vírgenes y los niños, que todos ellos pasaron por el último suplicio? Y si de rebeldes debieran conceptuarse, ¿cómo es que al momento mismo que temerosos de los tormentos renegaban de la fé, eran declarados libres de toda pena? Atiéndase á la promesa que los ministros de Isabel hacian á nuestros católicos de Inglaterra: "Basta que una sola vez entráreis ó asistiéreis á nuestra iglesia, para que seais puestos en libertad." Señal evidente de que no la rebeldía, ni la conjuracion, sino únicamente la fé era la causa que les condenaba á muerte.

CAPÍTULO VIII.

Conclusion de la obra.

Importa ahora reasumir por conclusion cuanto hasta aquí llevamos dicho. Es cierto que hay un Dios: que la ecsistencia de un Dios implica la ecsistencia de una religion, que sea el medio por el cual este mismo Dios reciba de los hombres acatamiento y sumision. Ya hemos visto que entre todas las religiones de los infieles ó hereges, fuera de la católica, ninguna religion es verdadera. La religion de los idólatras debe considerarse por todo hombre de sano entendimiento, como un tejido de impiedades y de engaños, cual muy anteriormente á nosotros la reconocieron los filósofos mismos del gentilismo. La religion de los hebreos fué verdadera en época determinada, antes de la venida de Jesucristo; pero cumplida esta, si consideramos por una parte las profecías contenidas en la Escritura, conservadas por los hebreos mismos y trasmitidas por ellos á nosotros, y si reflecsionamos por otra el cumplimiento de todo lo vaticinado, ya con respecto á nuestro Redentor, ya tocante al castigo de los hebreos, en la dispersion de su nacion, en la destruccion del templo, de la patria y del reino, ¿quién

008096